

III

Durante un mes, el malestar aumentó, y Clotilde sufría al ver que Pascual cerraba los cajones con llave y ya no demostraba hacia ella la serena confianza de antes, lo cual hería á la joven de tal modo, que si entonces hubiese encontrado abierto el armario, arrojaría al fuego todos los legajos, como su abuela Felicidad la inducía á que hiciese. Y los enfados se sucedían, siendo frecuente que pasasen dos días enteros sin hablarse.

Cierta mañana, á consecuencia de uno de estos disgustos iniciado por la noche, Martina dijo al servir el desayuno:

—Hace un momento, al pasar por la plaza de la sub-prefectura, he visto entrar en la casa de la señora Felicidad á un extranjero, á quien me pareció reconocer... Sí; no me sorprendería que fuera su hermano, señorita.

De pronto, Pascual y Clotilde se hablaron.

—¡Tu hermano! ¿Le esperaba acaso tu abuela?

—No creo... Le esperó durante seis meses, y sé que le ha escrito nuevamente hace ocho días.

Ambos interrogaron á Martina:

—No puedo asegurarlo; porque desde que vi al señorito Máximo hace cuatro años, cuando se detuvo dos horas en nuestra casa al ir á Italia, pudo haber cambiado mucho... Sin embargo, me pareció reconocerle por la espalda.

La conversación continuó, y Clotilde parecía feliz con este incidente. Rompió al fin aquel silencio tan pesado Pascual, que dijo:

—¡Bueno! Si es él, ya vendrá á visitarnos.

Era Máximo, en efecto, que al fin había cedido, después de rehusar durante seis meses los insistentes llamamientos de la anciana señora de Rougon, la cual, por este lado, todavía tenía una llaga viva que cerrar. La historia era antigua, y se agravaba de día en día.

Hacia quince años, cuando Máximo contaba diez y siete, había tenido un niño con una criada seducida... aventura estúpida de un

TOMO I.

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VES"
1625 MONTERREY, MEXICO

mozuelo precoz, de la cual habían acabado por reirse, lo mismo Saccard, su padre, que su madrastra Renata, aunque esta última se manifestó indignada por la mala elección. La sirvienta, Justina Megot, nacida en un pueblecillo de los alrededores, era una niña rubia, dulce, dócil, de diez y siete años también; fué enviada á Plassans, y se le concedió una pensión de mil doscientas pesetas para educar al niño, que se llamaba Carlos. Tres años más tarde, Justina casó con un guarnicionero del arrabal, Anselmo Tomás, buen obrero y muchacho muy aprovechado, á quien tentó la renta; además, Justina observaba conducta intachable; estaba gruesa, y parecía hallarse curada de una tos que había inspirado temores de proceder de un vicio hereditario, originado por una ascendencia de alcohólicos. Y ya tenía dos hijos nacidos dentro del matrimonio, un niño de diez años y una niña de siete, rollizos, sonrosados, y que disfrutaban una salud admirable; de manera, que ella hubiese sido la más feliz de las mujeres, á no ser por los disgustos domésticos que Carlos la daba.

Tomás, á pesar de la renta, odiaba á aquel hijo de otro hombre, y le pegaba, por lo cual la madre sufría secretamente, como esposa

callada y sumisa. Por eso, aunque adoraba á su hijo, de buena gana le hubiese entregado á la familia del padre.

Carlos contaba quince años de edad, aunque aparentaba doce, y tenía la inteligencia incipiente de un niño de cinco años.

Extrordinariamente parecido á su tatarabuela Tití Dida, la loca de las Tulettes, tenía una gracia delicada y fina, semejante á uno de esos reyezuelos anémicos, coronados con cabellos pálidos, suaves como la seda, en quienes se extingue una raza. Sus grandes ojos claros parecían vacíos, y su hermosura alarmante tenía una sombra de muerte. En punto á cerebro y corazón no era superior á un perro mimoso, que se acaricia á sí mismo frotándose contra las piernas del amo. Su bisabuela Felicidad, enamorada de esta belleza, en la que se figuraba ver su misma sangre, le había puesto en un colegio, tomándole á su cargo, colegio del cual fue expulsado al cabo de seis meses por ser acusado de ciertos vicios bochornosos. Le hizo ingresar en tres colegios, y siempre ocurrieron los mismos vergonzosos hechos. Además, como Carlos ni quería ni podía aprender nada, lo contaminaba todo; hubo necesidad de vigilarle, siendo preciso poner-

le sucesivamente bajo la tutela de distintos miembros de la familia. El doctor Pascual, enternecido, pensando en su curación, no renunció á corregirle hasta después de tenerle un año á su lado—aunque receloso del contacto por causa de Clotilde;—y en la actualidad, cuando Carlos no estaba en casa de su madre, en la cual apenas vivía, se le encontraba en casa de Felicidad ó en la de algún otro pariente, vestido con esmero y elegancia, colmado de juguetes como delfín afeminado de antigua raza degenerada.

En tanto, la vieja señora de Rougon padecía pensando en aquel bastardo de regia cabellera rubia; su objeto era sustraerle á las murmuraciones de Plassans, aconsejando á Máximo que le recogiese y le llevase á París. Era Carlos una mancha más en aquella familia dispersa. Durante mucho tiempo Máximo se hizo el sordo, con el terror continuo que le atormentaba de echar á perder su vida. Terminada la guerra, y hallándose rico después del fallecimiento de su esposa, se dedicó con gran sabiduría á comerse su fortuna en el palacete de la avenida del Bosque de Bolonia, atormentado por la enfermedad hereditaria que debía matarle en su juventud. Por obra de su precoz depravación ha-

bía adquirido el saludable temor á los placeres, y se hallaba resuelto á huir de las emociones y de las responsabilidades, á fin de durar lo más posible. Agudos dolores en las piernas, que él creía reuma, le mortificaban desde hacía tiempo, y recelaba verse inmóvil, clavado en un sillón. El regreso repentino de su padre á París y la desusada actividad de Saccard acabaron de asustarle. El conocía perfectamente á aquel derrochador de millones, y temblaba al verle á su lado, con su cara bonachona y su amistosa socarronería. ¿No podría suceder que su padre concluyese por devorarle si alguna vez quedaba á merced de él, ligado por aquellos dolores que le invadían los miembros?

Se apoderó de Máximo tal horror á la soledad, que acabó por ceder á la idea de ver á su hijo. Si el niño era dulce, inteligente y robusto, ¿por qué no llevarsele? Sería para él un amigo, un heredero que le protegería contra las intenciones de su padre. El egoísmo le hizo poco á poco verse amado, mimado, defendido, y, sin embargo, no se hubiera atrevido jamás á emprender tal viaje, si su médico no le hubiese enviado á tomar las aguas de Saint-Gervais. Desde este punto no tenía que recorrer más que algunas le-

guas, y había aparecido aquella mañana, de improviso, en casa de la anciana señora de Rougon, resuelto, por supuesto, á tomar el tren la misma tarde, después de haber visto y hablado al niño.

Hacia las dos de la tarde, Pascual y Clotilde estaban al lado de la fuente, bajo los plátanos, después de tomar el café, cuando Felicidad llegó con Máximo.

— ¡Queridísima!... ¡Qué sorpresa! Te traigo á tu hermano.

La joven se levantó sorprendida por la presencia de aquel hombre extraño, flaco, amarillo, á quien apenas reconoció. Desde su separación en 1854, no le había visto sino dos veces, una en París y otra en Plassans. A pesar de esto, conservaba de él una imagen limpia, viva y elegante. Le encontró el rostro arrugado, iniciada la calvicie, la cabellera sembrada de hilos blancos. Por fin, ella acabó por figurársele con su linda cabellera bonita y fina, de una gracia inquietante de chiquilla, de *precoz decrepitud*.

— ¡Qué buena estás!—dijo con sencillez abrazando á su hermana.

— Sí, es necesario para la salud vivir al sol... ¡Qué feliz soy con verte!

Pascual, con su golpe de vista de médico,

había penetrado y comprendido á su sobrino. Le dió un abrazo.

— Buenos días, muchacho... Tiene razón ésta: para vivir robusto, es necesario estar al sol como los árboles.

Felicidad se fué rápidamente á la casa, y volvió gritando:

— ¡No está aquí Carlos?...

— No—dijo Clotilde.—Ayer estuvo, pero se lo ha llevado consigo el tío Macquart; pasará algunos días en Tulettes.

Felicidad se desesperó. Había venido con la seguridad de encontrar al niño en casa de Pascual... ¿Qué hacer?... El doctor, con su apacibilidad de costumbre, propuso escribir al tío para que trajese á Carlos al día siguiente. Luego, cuando supo que Máximo no pernoctaría allí y que estaba decidido á marcharse en el tren de las nueve, se le ocurrió otra idea: alquilar un landó é irse los cuatro á ver á Carlos en casa del tío Macquart. Sería un paseo delicioso. No había más que tres leguas desde Plassans á Tulettes: una hora para ir, otra para venir, y aún podían detenerse allá un par de horas si quería estar de vuelta á las siete. Martina pondría en seguida la mesa y Máximo tendría tiempo para comer y tomar el tren.

Pero Felicidad se mostraba visiblemente inquieta por esta visita á Macquart.

—¡Ah! No; lo que es si os figuráis que voy á ir tan lejos con este tiempo tormentoso... Es mucho más sencillo enviar á alguien para que se traiga á Carlos.

Pascual movió la cabeza. No era fácil traer á Carlos así, de buenas á primeras; era un niño extravagante, que á veces echaba á correr por el menor capricho, como un animal indómito. La vieja señora de Rougon, combatida y acorralada, furiosa por no tener nada que oponer, hubo de ceder al fin, en la necesidad que se le imponía de entregarse al azar.

—Corriente, sea lo queráis... ¡Dios mío, cuando las cosas se arreglan mal!

Martina corrió á buscar el landó, y aún no eran las tres cuando el coche rodaba por la carretera de Niza, bajando la cuesta que termina en el puente sobre el Viorne. El camino doblaba á la izquierda, y en un trayecto de cerca de dos kilómetros se extendía al borde frondoso del río. Luego se deslizaba por las gargantas de la Seille, un desfiladero estrecho, entre dos muros gigantescos de rocas quemadas y doradas por un sol ardiente. Los pinos habían retoñado en las

grietas; grupos de árboles que desde abajo parecían semejantes á haces de hierba, ornaban las crestas inclinándose sobre el abismo. Aquello era un caos, un paisaje quemado por el rayo, de color de infierno, con sus revueltas tortuosas, sus desprendimientos de tierra rojiza que se deslizaba en cada rendija, su soledad desoladora sólo turbada por el vuelo de las águilas.

Felicidad, con el cerebro excitado, sumida en sus reflexiones, no desplegó los labios. El día era, en efecto, caliginoso, el sol ardía detrás de un velo de grandes nubarrones lívidos. Pascual, apasionado por aquella naturaleza ardiente, era el único que hablaba, esforzándose por comunicar á su sobrino el entusiasmo que él sentía; pero en vano lanzaba exclamaciones mostrándole la terquedad de los olivos, de las higueras, de los espinos, que trataban de chupar en las rocas la savia de las rocas mismas, esqueleto colosal de la tierra, del cual parecía sentirse el hálito quemador.

Máximo permanecía frío, presa de una sorda angustia, ante aquellas rocas de una majestad salvaje, cuya masa anonadaba. Prefería mirar á su hermana, sentada frente á él. Poco á poco iba sintiendo el encanto de

verla tan sana, tan dichosa, con su linda cabeza redonda, de frente recta, tan bien equilibrada. De vez en cuando, se encontraban sus miradas, y ella le sonreía dulcemente, confortándole.

El paisaje abrupto de la garganta fué suavizándose, los dos muros de rocas disminuyendo, y se empezó á rodar por entre dos ribazos de inclinación ligera, sembrados de tomillo y espliego. Estaban aún en el desierto, con espacios áridos, verduzcos ó violáceos, donde la más leda brisa arrasaba un áspero perfume. Luego, de pronto, después de un rodeo, descendieron al valle de Tulettes, refrescado por los manantiales. En el fondo se extendían las praderas sembradas de grandes árboles. El pueblo estaba á la mitad de la cuesta, entre olivares; la casa de Macquart, algo apartada, se hallaba hacia la izquierda, al Mediodía. Fué preciso que el landó tomase el camino del Asilo de alienados, del cual se distinguían, enfrente, las blancas paredes.

El silencio de Felicidad se hizo más sombrío: no la gustaba presentarse ante el tío Macquart. ¡Qué desahogada quedaría la familia el día en que el tío desapareciese! ¡Por el bienestar de todos, hacía mucho tiempo

que debería reposar bajo tierra! Pero él se resistía, soportaba sus ochenta y cuatro años de viejo borracho, saturado de bebida, á quien el alcohol parecía conservar. En Plassans había dejado terribles recuerdos de holgazán y de bandido, y los viejos murmuraban la execrable historia de las muertes que mediaban entre él y los Rougon: una traición en los días turbulentos de Diciembre de 1851, una emboscada, en la cual había dejado á muchos camaradas en medio de la calle, con el vientre abierto. Más tarde, cuando volvió á Francia, prefirió, á un empleo que le habían prometido, la pequeña posesión de Tulettes, que Felicidad le había comprado. Desde entonces vivía allí apoltronado, sin más afán que aumentar la finca, acechando las buenas ocasiones, logrando que se le adjudicase un campo codiciado durante mucho tiempo, prestando servicios á su cuñada, cuando ésta, en tiempo de los legitimistas, volvió á Plassans; otra historia espantosa que corría de boca en boca: un loco, intencionadamente soltado del Asilo, que corrió, por la noche, en busca de venganza é incendió su casa, en la cual se quemaron cuatro personas. Pero, felizmente, estas eran cosas de antaño, y Macquart, mo-

dificado ya, no era el bandido que hacía temblar á toda la familia. Era bien educado, diplomático, sagaz, y sólo conservaba su risa socarrona, que parecía burlarse del mundo.

—El tío está en casa—dijo Pascual cuando se vieron cerca.

La casa era una de esas construcciones provenzales de un solo piso, de tejas descoloridas y con las cuatro paredes enjalbegadas de amarillo. Delante de la fachada se extendía una angosta terraza, donde algunas viejas moreras, colocadas á modo de parras, daban sombra, alargando y retorciendo sus gruesas ramas. Este era el sitio donde el tío salía á fumar en verano. En cuanto oyó el ruido del coche, salió al límite de la terraza, enderezando su cuerpo elevado, correctamente vestido con un traje de paño azul y cubierta la cabeza con la eterna gorra de pieles, que no se quitaba en todo el año.

Cuando reconoció á los visitantes, exclamó sonriendo:

—¡Vaya una visita agradable!... Sois muy amables... Refrescaremos...

Pero la presencia de Máximo le preocupaba. ¿Quién sería? ¿Por qué había venido? Cuando le dijeron quién era, rechazó las ex-

plicaciones que empezaron á darle para que se orientase en el complicado dédalo de parientes.

—Ya sé, ya sé; el padre de Carlos... El hijo de mi sobrino Saccard. ¡Cáspita! Aquel que hizo un buen casamiento y á quien se le murió su mujer...

Y examinaba á Máximo, con gesto alegre, por encontrarle lleno de arrugas, á los treinta años, y con los cabellos y la barba sembrados de canas.

—¡Ah, diantre!—añadió— todos hemos envejecido... Sin embargo, yo no debo quejarme, porque me siento fuerte...

Y Macquart triunfaba, erguido, con el rostro moquetado y encendido como un ascua. Hacía ya tiempo que el aguardiente ordinario le parecía agua: sólo la *bala rasa* le cosquilleaba en la garganta endurecida; y tanto abusaba de este licor, que resultaba empapado de él como una esponja. El alcohol parecía rezumar de su piel. Cuando hablaba, al menor soplo, su boca exhalaba vapores alcohólicos.

—No hay duda que está V. robusto, tío—dijo Pascual admirado—y como no ha hecho V. nada para conseguirlo, tiene V. razón en reirse de nosotros... Sólo temo una cosa, y

es que el día menos pensado, en vez de encender la pipa, se inflame V. como un ponche.

Macquart se sintió lisonjeado, y rió fuertemente.

—¡Gracioso, muy gracioso, muchacho!... Un vaso de cognac vale más que todas tus sucias drogas... Vais á beber todos, ¿eh? La verdad es que vuestro tío os honra. Yo no hago caso de las malas lenguas. Tengo trigo, olivos, almendros, viñas y tierra, como cualquier burgués. En verano fumo mi pipa á la sombra de las moreras; en invierno la fumo al sol, arrimado á la pared. ¿Que os parece? Un tío como yo no avergüenza á nadie... Clotilde, tengo jarabe... si quieres probarlo... Y tú, mi querida Felicidad, ya sé que prefieres el anisete. Hay de todo... ¡Os digo que nada falta en mi casita!

Sus ademanes parecían ensancharse como para abarcar todo su bienestar de viejo calavera convertido en ermitaño; mientras Felicidad, asustada por la enumeración de sus riquezas, no le quitaba ojo, dispuesta á interrumpirle.

—Gracias, Macquart; no tomamos nada; tenemos prisa... ¿Dónde está Carlos?

—¿Carlos? ¡Bueno, bueno! ¡Ya llega! El

padre viene, sin duda, á ver al hijo... Pero eso no os impedirá echar un trago.

Al ver la decidida negativa de los otros se sintió herido, y dijo con sarcasmo:

—Carlos no está aquí... Está en el Asilo, con la vieja...

Luego, llevándose á Máximo á un extremo de la terraza, le enseñó los blancos edificios cuyos jardines interiores semejabán patios de cárceles.

—¿Ves esos tres árboles, sobrino?... Encima de aquel de la izquierda hay una fuente, en uno de los patios. Sigue con la vista el piso bajo: la quinta ventana, á la derecha, corresponde á la habitación de Titi Dida... Allí está el niño. Le he llevado yo hace poco.

Era pura tolerancia de la administración. Desde hacía veintiún años que la anciana estaba en el Asilo, no había producido la menor molestia á la enfermera. Tranquila, reposada, inmóvil en su sillón, pasaba los días mirando á lo que tenía delante; y como el niño la alegraba y ella parecía interesarse por él, se hizo la vista gorda en punto á infracción de reglamentos: se le permitía estar allí, á veces durante dos ó tres horas, entretenido en recortar estampas.

El mal humor de Felicidad aumentó con este contratiempo. Cuando Macquart propuso que los cinco fuesen á buscar el niño, se irritó.

—¡Qué ideal Vaya V. solo y vuelva pronto. No tenemos tiempo que perder.

El temblor colérico que se apoderó de ella pareció divertir al tío, que, conociendo su disgusto, insistió riendo.

—¡Diantre! Hijos míos, veremos todos juntos á nuestra abuela. No hay más que hablar. Todos descendemos de ella, y sería una falta de delicadeza no ir á darla los buenos días, sobre todo estando aquí mi sobrino, que viene de lejos y que nunca la ha visto... Yo no la reniego ¡voto á...! Está chocha, eso sí, pero no se encuentran fácilmente ancianas que pasen de los ciento, y vale la pena de ser amable con ella.

Hubo un instante de silencio. Todos sintieron un ligero estremecimiento helado. Clotilde, callada hasta entonces, fué la primera que dijo con voz temblorosa:

—Dice bien el tío; iremos todos.

Felicidad tuvo que ceder. Subieron al landó, y Macquart se sentó al lado del cochero. Cierta malestar había hecho palidecer el semblante fatigado de Máximo, y durante el

camino, que era corto, hizo á Pascual preguntas acerca de Carlos, con tono de interés paternal que ocultaba una inquietud creciente. El doctor, cohibido por las miradas imperiosas de su madre, dulcificó la verdad. ¡Dios mío! El niño no gozaba de buena salud, y por esto se le dejaba buenamente pasar algunas semanas en el campo, en casa de su tío. Sin embargo, no padecía ninguna enfermedad conocida. Pascual se calló por un momento, rumiando el sueño de infundir en el niño el cerebro y los músculos que le faltaban, mediante inyecciones de sustancia nerviosa; pero se había detenido ante el peligro de una complicación, puesto que la más leve picadura producía en Carlos hemorragias que era forzoso cortar por medio de vendajes compresivos. Había en él una relajación de los tejidos ocasionada por la degeneración: un rocío sanguíneo brotaba de la piel, y, especialmente, le sangraban las narices con tal abundancia, que no se atrevían á dejarle solo por temor á que se le escapase toda la sangre de las venas. El doctor terminó diciendo que si la inteligencia era en él tardía, esperaba que se desenvolviere en un medio de mayor actividad cerebral.